



SUSAN EE

CINDER Y EL PRÍNCIPE DE  
MEDIANOCHÉ

GRANTRAVESÍA

CINDER Y EL PRÍNCIPE DE  
MEDIANOCHE

**GRANTRAVESÍA**

SUSAN EE



CINDER Y EL PRÍNCIPE DE  
MEDIANOOCHE

Traducción de  
Laura Lecuona

**GRANTRAVESÍA**

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

CINDER Y EL PRÍNCIPE DE MEDIANOCHÉ

Título original: *Cinder & the Prince of Midnight*

© 2019, Feral Dream LLC

Traducción: Laura Lecuona

Diseño e ilustración de portada: Mariana Palova  
D.R. © 2019, Editorial Océano, S.L.  
Milanesat 21-23, Edificio Océano  
08017 Barcelona, España  
[www.oceano.com](http://www.oceano.com)  
[www.grantravesia.es](http://www.grantravesia.es)

D. R. © 2020, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.  
Homero 1500 - 402, Col. Polanco  
Miguel Hidalgo, 11560, Ciudad de México  
[www.oceano.mx](http://www.oceano.mx)  
[www.grantravesia.com](http://www.grantravesia.com)

Primera edición: Febrero de 2020

ISBN: 978-84-120560-4-4  
Depósito legal: B-3563-2020

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en [info@cempro.org](mailto:info@cempro.org)

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9004928010220

## CAPÍTULO 1



**B**ajo la luna llena, Cinder corría para salvar su vida. Aceleraba entre los árboles, saltaba sobre los arroyos y escalaba rocas. Resollaba tan sonoramente que temía que el bosque entero la traicionara. Casi una niña, era toda una experta en correr y saltar, pero nada la había preparado para esto.

Podía oír detrás de ella a los sabuesos aullando y ladrando. Escuchaba los cascos de los caballos a galope. Los hombres no tenían prisa, sólo lo hacían para divertirse. Ella había visto a algunos de sus potros de batalla engalanados con campanas y ribetes con bridas bordadas. Era como si los Señores estuvieran a punto de salir a desfilarse por el pueblo.

A la luz de la luna se veían tan guapos como héroes de antaño cabalgando para salvar a la doncella en apuros. La primera vez que los vio congregarse afuera de las murallas del castillo, pensó que estaban ahí para detener la cacería. Durante un momento, pensó que las salvarían, a ella y a las demás.

Pero en cuanto uno de ellos le dirigió una mirada lasciva, supo que estaba equivocada. Esos hombres de aspecto noble *eran* los cazadores.

Pensó haber oído los relinchos de una montura espectral tan cerca que su pulso se aceleró; lo imaginó piafando y con la crin y la cola llameantes. Sin embargo, sabía que los cazadores sólo montaban caballos ordinarios. Los caballos espectrales eran escasos y no era probable que los emplearan en presas tan débiles como ella.

Cinder ascendió una colina y se arriesgó a darse la vuelta para ver a qué distancia se encontraban. Allí abajo, los perros cruzaban el arroyo. Pocos pasos detrás de ellos, los primeros cazadores estaban saliendo de entre los árboles, montados sobre sus caballos de batalla. Los hombres del reino oscuro reían.

Se giró para correr pero se detuvo de súbito, sobresaltada: delante de ella, dos ojos enormes destellaban a la luz de la luna.

Asustada, dio un salto y estuvo a punto de gritar, pero en ese momento se dio cuenta de que los ojos pertenecían a una chica. Parecía tan sobresaltada y aterrada como Cinder. Hubo un momento de alivio cuando entendió que la otra no era un cazador, sino otra presa.

Las dos apartaron la mirada en silencio y corrieron en diferentes direcciones. Era la primera huida de Cinder, pero sentía la misma desesperación que las otras que ya habían pasado por esto.

Cinder se resbalaba por la fangosa ladera, llena de hojas secas. Se tropezó con el vestido y aterrizó dolorosamente de rodillas contra un árbol caído. Quiso desgarrar la tela y deshacerse de él, pero era la única protección que tenía contra el mundo. Lo levantó con ambas manos y corrió.

Los sabuesos debieron haber percibido el olor de la otra muchacha, porque sus ladridos cambiaron de dirección hacia ella. Cinder no pudo evitar mirar atrás.

Lo único que vio fue un bosque de sombras. La luna llena se abrió paso entre los árboles con sus rayos entrecortados.

Detrás de Cinder, un caballo trotó estrepitosamente entre la maleza. Cuando ella se dio la vuelta, vio al corcel piafando, muy cerca.

Retrocedió dos pasos y tropezó. El relincho del caballo era ensordecedor, pero no era una montura espectral, sino una ordinaria. Eso le dio ánimo.

Quiso incorporarse. Antes de estar completamente en pie, ya estaba corriendo otra vez.

—¡Ahí estás! —El jinete sonaba ebrio... y parecía estar demasiado cerca.

Un peso enorme cayó sobre su espalda con un ruido sordo cuando él se abalanzó sobre ella. Cinder se golpeó con fuerza la barbilla y los brazos al caer.

Aplastada por el peso de un hombre, sus delgados músculos estaban en desventaja.

Pero ella no se rendiría. No podía hacerlo.

El hombre posó sus gruesos labios viscosos en su cara. Ella giró la cabeza de modo que él terminó lamiéndole la mejilla. Cinder giró la cabeza otra vez y lo mordió.

En algún sitio entre los árboles cercanos, el grito de una joven resonó en medio de la noche. A lo lejos, se oían risas de hombres entre las sombras.

Su atacante se enfadó y le dio una bofetada. Luego cerró el puño para golpearle la cara, pero Cinder movió la cabeza y lo esquivó. El puño aterrizó con fuerza en la roca en la que ella estaba tendida. El hombre aulló, lleno de dolor y furia.

Ella se retorció, pateó y trató de librarse con todas sus fuerzas. Justo cuando estaba a punto de lograr escurrirse de su captor, éste sujetó el escote de su vestido y lo rasgó.

Hasta ese momento, había estado aterrorizada, pero ahora la rabia también hacía que le hirviera la sangre.

Cinder tanteó entre la tierra y agarró lo primero que pudo: una piedra, sólida y redonda. Con todas sus fuerzas golpeó con ella la cabeza de su atacante.

Él gruñó sorprendido y rodó, para intentar alejarse de ella. Por instinto, ella volvió a golpearlo con la piedra.

Él volvió a gruñir, pero esta vez ya no se movió. Era como si estuviera dormido, salvo por el líquido que resbalaba por su cabeza.

¿Lo había matado?

Cinder apartó las piernas del hombre y, como pudo, se alejó arrastrándose. Miró la piedra, aún en sus manos. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo afilada que estaba. Había cogido, sin mirar, una piedra y había golpeado al hombre con uno de sus cantos.

Estaba llena de sangre.

Soltó la piedra y se puso en pie. Él podría levantarse en cualquier momento y atacarla otra vez.

Los sabuesos ladraban, ahora más cerca. ¿Habrían encontrado a la otra muchacha?

Cinder dio media vuelta y corrió. Dejó al hombre sangrando en el bosque.

## CAPÍTULO 2



Cinder caminó durante horas sin rumbo fijo, intentando salir del bosque de sombras. A momentos oía a los sabuesos ladrando o a los hombres gritando exaltados. Otras veces escuchaba alaridos. Horribles y espantosos alaridos.

Pero siguió escondiéndose, sin dejar de moverse. Sabía que tarde o temprano encontraría los límites del bosque. Cuando las sombras de los árboles por fin se aclararon y empezaron a oírse los mugidos de las vacas, estuvo a punto de llorar de alivio.

Salió tambaleante del bosque. Sentía como si acabara de surgir de entre los muertos.

Para cuando llegó cojeando a su casa, ya estaba amaneciendo y el cielo empezaba a teñirse de rojo. Sus rodillas sanaban, en carne viva. Su vestido estaba hecho jirones. Tenía el cabello tan enmarañado que quizá tendría que cortarlo.

Lloró al ver su casa, grandes y agitados sollozos mientras miraba salir el sol sobre su alguna vez feliz hogar.

Se paró cerca de los almiares, a un campo de distancia de los confines del bosque. Años antes, ese bosque solía ser para ella un lugar encantado, un mundo de fantasía. Eran los

años en que su padre mantenía lejos de Cinder la oscuridad del reino.

Pero las cosas habían cambiado. Ahora el bosque era un lugar terrorífico lleno de monstruos y pesadillas. En el hogar que tanto había amado, ahora mandaba una mujer que la había vendido.

Cinder quería huir y nunca volver. Quería a su padre de vuelta. Y quería ser la niña que alguna vez había sido antes de dejar a un hombre inconsciente, sangrando en el bosque oscuro.

Se sentó y lloró durante largo tiempo, anhelando una vida diferente. Al final, llegó a la conclusión de siempre: no había otro lugar adonde ir. La única manera de salir del reino de Medianoche era a través del bosque. Sólo unos cuantos conocían el camino y no podían hablar de él sin permiso expreso del Rey Oscuro.

Aunque supiera cómo irse del reino, no tenía a quién acudir aparte de su madrastra.

Quando Cinder entró a la casa cojeando, vio leche fresca y pan recién horneado sobre la mesa. Eso no era habitual.

Cualquier otro día habría engullido el festín, pero ahora no creía poder tolerarlo. Lo único que deseaba era dormir una semana entera.

Subió las escaleras como lo haría una anciana hasta su pequeña habitación en el ático. No le sorprendió no ver a nadie: era muy temprano, seguro que estarían dormidas.

Al llegar a su habitación se detuvo. En la cama había un vestido. Estaba remendado y descolorido, pero serviría para sustituir los jirones que llevaba puestos.

Helene había sabido lo que pasaría.

Sabía que si Cinder sobrevivía a la noche, su vestido estaría estropeado. Helene sabía todas las cosas horribles que podían pasarle a Cinder en el bosque de noche con esos horribles hombres, supuestos “caballeros”, en sus corceles.

Habría llorado un poco más si no hubiera estado tan agotada. Lanzó el vestido al suelo y durmió como los muertos.

El siguiente día fue inesperadamente plácido para Cinder. No recordaba que Helene la hubiera dejado sola un día entero jamás. La vio, por supuesto, y seguía teniendo sus quehaceres habituales, pero su madrastra no le habló ni la miró a los ojos.

Helene también se había negado a mirar a Cinder el día anterior, cuando la dejó para la cacería y se llevó una bolsa de monedas a cambio. La mujer sólo le dio la espalda y se alejó mientras Cinder le rogaba ayuda.

Entonces Cinder no sabía qué iba a pasar, pero había oído rumores. Todo el mundo ha escuchado sobre la cacería, aun cuando en la buena sociedad nadie la menciona. Pero ese día era diferente. Ese día, dondequiera que mirara había alguien hablando del asunto.

Cinder caminó entre los puestos del mercado intentando no mirar a nadie. Ser una de las muchachas de la cacería era algo vergonzoso. En ocasiones, incluso los pequeños lanzaban piedras a las supervivientes. Ahora Cinder era una de ellas.

—¿Te enteraste? Anoche una joven mató a un cazador.

Levantó la mirada. Dos vendedores hablaban con naturalidad, algo poco habitual cuando se trataba de la cacería.

—Sí, lo escuché, ¿no dicen que fue un hada salvaje quien lo atacó?

El primer vendedor bajó la voz.

—Eso no es más que un cuento que la familia del hombre inventó para paliar su vergüenza.

—Pero destrozaron el cuerpo, ¿no es así? Oí que le arrancaron un brazo a mordiscos.

El primer vendedor arqueó las cejas.

—Algunos dicen que fue la joven —dijo con complicidad.

—¿La joven? —el segundo vendedor abrió los ojos como platos. Había en su mirada un brillo entusiasta. Recorrió con los ojos a la muchedumbre del mercado, como si estuviera imaginando encontrarse con aquella muchacha en ese lugar.

Cinder se dio la vuelta antes de que aquel hombre pudiera ver la culpa en su rostro.

Caminó hacia el puesto de flores. A su madrastra le gustaba exhibir flores frescas cada vez que tenía invitados en casa. El puesto estaba engalanado de colores brillantes que olían a miel y verano.

Sus hermanastras, quienes por desgracia la habían acompañado ese día, murmuraban sobre el hombre al que habían asesinado. Tammy decía que una pandilla de muchachas le había tendido una emboscada en el bosque; según Darlene, había sido una manada de lobisomes, dirigidos por una chica. La historia parecía crecer a cada minuto.

—Ya era hora —dijo Silver, la florista.

Esta florista, cuyo nombre significaba “plata”, tenía justamente el cabello plateado, y su puesto era el único del mercado que vendía flores, la mercancía más escasa en esas tierras. Algunos decían que prácticamente hacía falta magia para cultivarlas en el reino desde que el Rey Oscuro había subido al trono.

—¿Ya era hora de qué? —preguntó Tammy.

—De que una de esas jovencitas hiciera frente a esos hombres horribles. —Silver manejaba las tijeras con sus ma-

nos ancianas. Hacía los arreglos al lado de su nieta, Ruby, que cortaba las espinas puntiagudas de las rosas de largo tallo.

Cualquiera podía inscribirse en la cacería. Los cazadores pagaban por “voluntarios” para ser cazados. En ocasiones, gente sumamente pobre se inscribía por la recompensa, pero con mayor frecuencia la gente inscribía a alguien sobre quien tuviera alguna autoridad. Los cazadores pagaban más por las muchachas, así que solían ser numerosas.

—No son más que chicas de dudosa reputación —dijo Tammy—. Su destino en la vida es servir.

Cinder se preguntaba si sus hermanastras sabían que su madre la había vendido para convertirse en una de esas chicas de dudosa reputación.

—Sí —dijo Darlene—. Los caballeros desfogan con ellas su agresividad natural y así pueden ser todos unos caballeros con nosotras, las damas.

—¡Oh! —exclamó Tammy sosteniendo una orquídea—, quiero ésta. Combina con mi vestido.

—Ésa no está en venta —repuso Silver.

Tammy estaba perpleja. ¿Por qué una florista no tendría en venta una de sus flores?

—Pero esta otra sí —continuó Silver levantando una rosa con muchas espinas y tendiéndosela a Tammy con un gesto agresivo—. Va de maravilla con tu *dulce* temperamento.

Tammy se irguió cuan alta era y miró a la florista con desdén.

—Eres una mujer molesta y detestable. Le diré a mamá que nunca más vuelva a darte una moneda.

Dio media vuelta y se fue enfurruñada. Darlene, riéndose por lo bajo, siguió a su hermana.

Con un suspiro, Silver dejó a un lado la flor espinosa y miró a Cinder con detenimiento. Ruby, que era un par de in-

viernos más joven que ella, levantó la mirada y le sonrió tímidamente a Cinder.

—Toma, jovencita —dijo Silver tendiéndole la orquídea—. Parece que esto podría alegrarte el día.

Cinder negó con la cabeza.

—No tengo dinero.

—No te pido dinero. Le dije a tu desagradable hermanastra que no estaba a la venta, y es cierto. Pues la estoy regalando.

Cinder cogió la flor.

—Gracias —dijo con voz quebrada—. Hacía mucho tiempo que nadie era amable conmigo.

—Deja de sentir lástima por ti. Eres una muchacha fuerte, tal como tu padre. De la miseria, él se abrió paso por la vida y llegó a ser un hombre próspero. En la guerra y en la posguerra, ninguno de nosotros tenía nada, pero tu padre... él era fuerte y listo. Su sangre corre por tus venas. Deberías sentirte orgullosa.

Cinder trató de que los labios no le temblaran al oír esas gentiles palabras.

—Lo echo de menos.

Silver suspiró.

—Cuando tenía tu edad, jovencita, yo ya estaba luchando en la guerra con cuchillo y espada. ¿Crees que la vida es dura contigo? Te voy a decir con quién sí es dura. Esa muchacha que mató a ese rufián en la cacería, con ella lo es. Quizá fue una chiquilla sin más opción que defenderse. Ella podría darte una o dos lecciones.

Silver se giró y se puso a cortar sus flores como si siguiera en la guerra y éstas fueran el enemigo.

## CAPÍTULO 3



**A**l día siguiente, la madrastra de Cinder ya no sentía culpa, y la vida de ésta consistió en cumplir las órdenes urgentes de aquélla, que sólo provocaban quejas. Pasaron los días. En tanto Cinder fregaba las escaleras y sacudía los tapetes, sus hermanastras tomaban clases de piano y *ballet*.

Cinder hizo todo lo posible por olvidarse de la noche de la cacería, pero resultaba difícil cuando todo el mundo hablaba de ello. Soñaba que la atrapaban. A veces, en las pesadillas aparecían los hombres del Rey Oscuro sacándola a rastras de su casa y acusándola a gritos del asesinato.

Unos días después de la cacería, el reino bullía con la noticia de que el Rey Oscuro, al enterarse de que una muchacha acorralada había matado a un noble, había reído a carcajadas. Le había resultado tan divertido que declaró que él mismo participaría en la siguiente.

De un momento a otro, la cacería, que había sido un secreto a voces, estaba convirtiéndose en el último grito de la moda. La familia del noble muerto estaba tan indignada y avergonzada que ofreció una recompensa por la cabeza de la muchacha.

—Más te vale que te portes bien y seas muy amable, Cinder —dijo Helene mientras se abrochaba el nuevo collar de perlas—. Esa recompensa vale más que diez como tú. Dudo mucho que alguien pudiera creer que semejante andrajosa pudiera abordar a un noble, pero si me apuras, puedo perder la paciencia e intentar venderte por la mitad de la recompensa.

A Cinder se le aceleró el pulso: durante un instante pensó que Helene sabía la verdad. Pero si hubiera oído siquiera la posibilidad de obtener dinero, Helene nunca se hubiera vuelto a girar hacia el espejo como lo hizo. Cinder bajó la cabeza y se puso a fregar el suelo, esperando que su madrastra cambiara de tema.

—Quizá corra con suerte y seas tú la que hiera a un noble en la siguiente cacería. Cómo desearía que un día de éstos te ganaras tu sustento.

Cinder dejó de fregar y miró a Helene.

—¿La siguiente cacería? —La sola idea la angustiaba.

—Hay una con cada luna llena, ya lo sabes. Tenemos bocas que alimentar, y en esta casa una debe intentar ganarse su sustento.

—Mamá —dijo Tammy entrando en la habitación haciendo aspavientos—, mis cintas ya están muy viejas y descoloridas. ¿Debo sentirme avergonzada todos los días por la mala calidad de nuestras sedas?

Helene rodeó a la muchacha con el brazo y la condujo al salón.

—No te enfades, mi amor. Soy tan lista que ya descubrí una nueva fuente de ingresos. Mañana iremos al mercado y podrás escoger todos los colores que quieras.

Cinder se arrodilló y se quedó mirando el agua jabonosa que cubría el suelo. *Una nueva fuente de ingresos*. La siguiente cacería. Cada luna llena.

Empezó a temblar de pies a cabeza. Apenas podía respirar.

## CAPÍTULO 4



**A** Cinder por lo general le gustaban los días de mercado, porque era cuando podía deambular algunas horas sola por el pueblo, sin otro mandado que comprar lo que se viera fresco.

Ese día, sin embargo, le costaba trabajo disfrutar de cualquier cosa. La siguiente cacería se avecinaba. Faltaban semanas, pero llegaría tan inevitablemente como la luna crece y se llena.

Anduvo entre tropiezos, poco consciente de lo que estaba comprando, cuando vio el puesto de flores.

Se acercó al puesto, donde la mujer de cabello plateado estaba entregando una cesta de flores a una clienta. Cinder esperó cortésmente hasta que ésta se fuera antes de hablar con la abuela.

—¿Me puede ayudar? ¿Por favor? —dijo con voz casi inaudible.

Silver la miró con ojos de lince.

—¿Ayudarte con qué, criatura?

Cinder miró alrededor para asegurarse de que nadie la estuviera escuchando. El mercado estaba muy concurrido, pero

todo el mundo parecía absorto en sus asuntos. De cualquier manera, habló en voz baja.

—Yo soy la muchacha que mató al noble en el bosque —susurró. Temblaba de pies a cabeza y las lágrimas empañaban sus ojos.

Silver puso cara de sorpresa.

—Mi madrastra volverá a mandarme a la cacería una y otra vez. Todos los meses, cuando haya luna llena. No sé qué hacer —intentó que no se le quebrara la voz.

Silver resopló y se irguió.

—Pues lloriquear no te va a servir de mucho.

Cinder pestañeó y sintió cómo el aguijón del tono indiferente de Silver secaba sus ojos. No hay nada como la indiferencia de los demás para que una muchacha se yerga y se disponga a seguir penosamente su camino. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Así está mejor —Silver le tendió una rosa—. Toma. Ven aquí atrás y ayúdame a quitarle las espinas. Por lo menos, así no estorbarás a mis clientes.

Cinder caminó vacilante al otro lado del puesto.

Silver le entregó un cuchillo para que cortara las espinas y raspara los tallos.

—Mi nieta Ruby solía ayudarme, pero ahora su padre le encarga muchos recados.

Silver llevaba unos gruesos guantes para protegerse las manos. Cinder no, pero no se quejó.

Era reconfortante tener algo que hacer en lugar de inquietarse por lo que pasaría dentro de algunas semanas. Cortó y raspó, aunque se pinchara los dedos.

Cuando terminó con la primera rosa, Silver le tendió más. Cinder iba a decir que tenía cosas que hacer para su

madrastra, pero la mujer ya se había girado para hablar con una clienta. Cinder cogió otra rosa y comenzó a quitarle las espinas.

Silver atendía a las mujeres que iban llegando, pero en los momentos de tranquilidad no hablaba. Cinder supuso que la mujer pretendía ignorar su confesión. Así era la gente a veces: hace como que algo nunca pasó, y todos siguen con su vida. Tal vez aquélla era una de esas veces.

Sólo que Cinder no podía seguir con su vida como si nada hubiera pasado porque estaba a punto de pasar otra vez. Sus manos empezaron a temblar y se espinó gravemente. La sangre brotó, le resbaló por los dedos y descendió por el tallo de la flor.

Silver se la quitó de la mano y le pasó un par de guantes.

—Toma, tontuela. No manches mis flores de sangre —dijo Silver tendiéndole unos guantes—. No queremos que ninguna dama encuentre sangre en sus flores. ¿Qué pasa si luego le gusta y viene a por más?

Silver limpió el tallo. Cinder la miró nerviosa. ¿De verdad hacían eso las damas?

Todas parecían tan recatadas y educadas, entonces supuso que su madrastra también lo era cuando estaba en público, aunque en privado era prácticamente un demonio.

Resultó mucho más fácil quitar las espinas con los guantes. Cuando Cinder terminó con las rosas, Silver le asignó la tarea de separar las flores secas y formar ramilletes para venderlos.

—Lo siento, pero tengo que ir a casa a hacer mis tareas.

—Así es, y no las vas a poder hacer si andas dando vueltas por el mercado.

Puso con brusquedad las flores secas en sus brazos. Poco a poco le fue dando más tareas y le enseñó cómo hacerlas.

No hablaron más que de flores y de las habilidades manuales para ocuparse de ellas.

Cinder se fue tranquilizando. La calmaba estar ensimismada en sus tareas, y cada vez que venían a su mente los recuerdos de su carrera por el bosque oscuro, Silver le asignaba otra tarea que la absorbía hasta que le pillaba el truco.

Al finalizar el día de mercado, Cinder ayudó a Silver a recoger y poner todo en una carretilla. Mientras recogía las flores que no se habían vendido, Cinder se sintió apesadumbrada.

Faltaba un día menos para la siguiente cacería.

Silver emprendió el camino sin despedirse. Tampoco se llevó las flores.

—Silver, se te olvidan las flores.

La mujer se giró para mirar a Cinder.

—¿Qué esperas? —preguntó—. Ven y tráelas. No pretenderás que yo sola empuje todo esto hasta la casa, ¿o sí?

Silver dio media vuelta y se alejó.

## CAPÍTULO 5



Cinder observó a Silver alejarse del mercado. Había pasado todo el día ayudándola y aún le esperaban las tareas pendientes cuando llegara a casa. Pero en otras ocasiones ya se había quedado hasta tarde en el mercado.

Levantó la carretilla y la empujó detrás de Silver. La mujer era brusca y quizás un poco extraña, pero Cinder sabía que por lo menos no la odiaba, a diferencia de su madrastra.

Silver vivía en una choza rodeada de flores en los confines del bosque oscuro. Estaba bien cuidada y contrastaba con el resto de las casas del pueblo, que en su mayoría estaban manchadas por la humedad y eran oscuras, con ventanas cubiertas por apagadas cortinas. Casi nadie sonreía ni usaba ropa de colores brillantes. El negro era lo usual desde que Cinder tenía memoria.

En ese lugar, la única que tenía flores coloridas alrededor de su casa era Silver. En cualquier otra persona habría sido muy excéntrico, pues sólo los más ricos tenían flores en su jardín.

La única excepción era Silver, la única floricultora del lugar. Gracias a ella había perfume, gracias a ella había colores en los bailes de las damas elegantes y gracias a ella había abe-

jas y miel. Así que Silver, aunque no era lo que se dice popular, era bien tolerada.

—Deja ahí la carretilla, muchacha, y entra.

Cinder miró el cielo, ya estaba anocheciendo. Cada año oscurecía más temprano que el año anterior. Ahora lo hacía a las tres de la tarde. No le gustaba la idea de caminar sola hasta su casa de noche, pero era el tipo de cosas a las que todos estaban acostumbrándose ya.

La casita de Silver era un estallido de colores. Por todas partes había flores, ya fueran secas o recién cortadas. Otros habían intentado cultivarlas, sin mucho éxito. En manos de Silver, en cambio, casi todo el año había flores. El aroma era soberbio; aunque fuera otoño, estaba cargado de primavera.

La casita tenía una gran chimenea, y cerca de ella una mecedora de aspecto apacible. Frente a eso, una mesa llena de flores. La casa de Silver le dio a Cinder la bienvenida con el aroma a rosas, miel y estofado.

Esperaba que Silver se detuviera junto a la chimenea para encender el fuego, pero lo que hizo fue prender las velas y caminar a la habitación trasera. Silver era lo suficientemente acomodada para poder mantener una casa de dos habitaciones. Sólo los comerciantes y los nobles tenían casas con muchos cuartos.

Era casi inaudito que una vendedora del mercado viviera en una casita de madera petrificada con más de una habitación. Eso atestiguaba cuán valiosos eran considerados sus servicios.

Sin saber qué se esperaba de ella, Cinder siguió a Silver a la segunda habitación. Al entrar, dio un grito ahogado.

En vez de flores, había cuchillos, espadas, lanzas y toda clase de artículos militares. Armas y armaduras en las paredes, destellos de metal por todos los rincones.

—Quita esa cara de espanto —dijo Silver—. Toda mujer debería tener un arsenal en casa.

—Pero... ¿por qué? —preguntó Cinder, boquiabierta frente a los brillantes cuchillos y espadas, hechos especialmente para cuerpos más ligeros.

—Porque vivimos en un mundo donde hay odio y violencia, donde demasiadas de las historias que escuchamos son propaganda del Rey Oscuro, porque la mitad de la población puede matar a las mujeres impunemente. Porque nadie estará ahí para salvarnos.

Pasó el dedo por una cuchilla y la acarició, como si de un amante se tratara.

—Si alguien me pone la mano encima, morirá desangrado antes de saber de dónde vino el golpe.

Cinder la miraba con los ojos abiertos como platos.

—Pero tú eres una abuela, te he visto con tus nietos —dijo parpadeando, intentando entender algo.

—¿Y qué? ¿Crees que no puedes ser femenina y, al mismo tiempo, una gran guerrera? ¿Crees que las abuelas y las floristas no pueden cazar y defenderse de otros cazadores?

Cinder se quedó paralizada en el armario de la floricultora, y le costaba respirar.

—Me pediste que te ayudara. No puedo salvarte, pero sí puedo enseñarte cómo salvarte tú. ¿Me entiendes? Será un trabajo arduo, más que cualquiera que hayas hecho hasta ahora. Porque cuando llegue el momento, estarás completamente sola, y sin suficiente entrenamiento no acertarás a mucho más que confundir a tu desgarrado cuerpo.

Caminó en torno a Cinder. Le apretó el brazo, le dio golpecitos en las pantorrillas.

—Y si tienes la suerte de sobrevivir a la siguiente cacería —continuó—, habrás pasado tu segunda prueba. Ven a verme de nuevo, y te enseñaré cómo sobrevivir a la próxima. A la larga, tal vez incluso esperes, paciente, las cacerías.

Silver se detuvo frente a Cinder:

—A la larga, tal vez sean los cazadores quienes tengan miedo de entrar en el bosque en noches de luna llena —había una chispa en su dura mirada—. Como debe de ser.

Cinder apenas podía respirar.

—¿Tú... tú me vas a enseñar?

Silver la miró de arriba abajo, como si la estuviera evaluando.

—Cuando empezaron las Guerras Salvajes, yo era más joven que tú. Flaca y larguirucha, con un cuerpo que todavía no había acabado de adquirir su forma definitiva. Tenía la cabeza llena de cuentos, sobre besos de amor verdadero y Para Siempre.

—¿Para Siempre? ¿El reino de luz y felicidad? Es difícil imaginarte a ti creyendo en ese cuento de hadas.

—No es un cuento de hadas, jovencita: es el reino contiguo. El Rey Oscuro vigila el camino que conduce hacia allí y nos ordena a todos que nos refiramos a él como si de un tonto cuento de hadas se tratase, porque teme que todos sus súbditos vayan ahí en vez de quedarse en Medianoche.

Cinder parpadeó asombrada. Toda la vida le habían negado la existencia de ese lugar lleno de luz, y ahora sencillamente no podía creer lo que Silver le decía.

La florista notó su vacilación y suspiró.

—Sea como sea, las creencias pueden matar. Yo creía que las hadas eran criaturas divertidas, traviesas e inofensivas. Y esa creencia ha causado muchas muertes. Cuando empezaron

las Guerras Salvajes, tuvimos que nombrarlas “hadas salvajes”, porque la gente las creía inofensivas.

Se movió para coger un pequeño cuchillo, que le tendió a Cinder.

—Prueba con éste.

El mango era más grande que la hoja, y sin embargo se sentía ligero y bien equilibrado en su mano.

—Pero es muy pequeño. —La hoja no era más grande que el muñeco de Cinder—. ¿Cómo podría luchar contra un jinete con esto?

—Tú no vas a luchar contra un jinete, todavía no. Por ahora, vas a luchar contra un hombre tan seguro de su poder y tan cegado por la lujuria que no lo verá venir. Usa eso en su contra.

—No lo entiendo. Entonces sólo tendrá ojos para mí.

—No. Estará embriagado con lo que anhela. Para él, tú sólo eres una cosa: un animal para conquistar y consumir. Eso es lo que él cree. Y puede ser una creencia tan fatal como la de que las hadas son inofensivas. Ésa fue una convicción mortal al principio de las Guerras Salvajes. ¿Entiendes? Los cazadores no tienen noción de ti como persona, no esperan que te defiendas.

Cinder asintió, aunque no estaba segura de entenderlo por completo. Silver dio media vuelta y se alejó del armario.

—¿Qué esperas? —preguntó Silver—. Sólo faltan unas semanas y tú tienes un mundo entero por aprender.



## CAPÍTULO 6



Cada mañana y cada noche, Cinder iba a casa de Silver para entrenar. Se dio cuenta de que sus zapatos de lana eran útiles para limpiar suelos, pero no tanto para correr. Silver le dio unos zapatos de cuero con suelas gruesas, pero también le advirtió que una superviviente no podía ser tan dependiente: no siempre habría zapatos cómodos a su disposición.

Entonces, Silver la hacía correr descalza por los alrededores antes del amanecer. Decía que eso fortalecería sus pies. Pero le permitía volver a casa corriendo con sus zapatos nuevos una vez que el sol salía, y eso era un gran alivio para la joven.

Durante el día hacía de prisa y corriendo todos sus quehaceres en casa de su madrastra. Había una lista interminable de tareas pendientes y la familia siempre estaba encargándole más, pero nadie se despertaba tan temprano como Cinder y todas se retiraban mucho antes de que Cinder se fuera a la cama. Por eso nadie se percataba de su ausencia.

En sus visitas a la casa de Silver, Cinder hacía también muchos quehaceres a modo de entrenamiento. Cargaba bal-

des con agua, levantaba pesados sacos de fertilizante y tenía que subir a los árboles para cortar flores que sólo crecían en las ramas más altas.

—Por favor, Silver, quedan pocas semanas antes de la siguiente cacería y sólo puedo venir unas pocas horas al día. ¿No debería entrenar todo el tiempo que paso aquí? Te prometo que vendré a ayudarte en los quehaceres si sobrevivo.

—Niña tonta, todo el tiempo que pasas aquí estás entrenando. Y si haces lo que te digo, estarás entrenando también todo el tiempo que pases en casa de tu madrastra.

No discutió. Silver era una mujer extraña y Cinder no comprendía por qué ella creía que empujar la carreta y cavar agujeros era un buen entrenamiento. Todas las noches, Cinder se iba a la cama con los músculos adoloridos y dormía como un tronco.

Pero continuaba yendo porque Silver le daba una o dos horas de clase cada día para aprender a usar el cuchillo y librarse de los ataques enemigos. Cada ciertos días, Silver le enseñaba un nuevo movimiento: uno para pelear cuerpo a cuerpo y otro con el cuchillo. A Cinder le gustaban más los movimientos con el cuchillo: tener un arma la hacía sentirse secretamente poderosa, pero Silver se negó a permitirle depender sólo de ella.

—Pueden quitarte las armas y usarlas en tu contra. La fortaleza de tu mente y de tu cuerpo serán siempre tuyas. Aprende a depender de ti y de nadie más.

Al correr hacia casa de Silver, Cinder veía la luna, cada vez más grande. Cada noche el terror amainaba un poco, sólo para resurgir por la mañana con su cuerpo adolorido y la consciencia de que no era más que una muchacha en un reino lleno de cazadores.

Una de esas veces, vio a tres adolescentes al galope en sus caballos sobre el sendero enfangado. Con la luna casi llena, alcanzó a ver los contornos fantasmagóricos de sus rostros.

Eran guapos e iban limpios, algo bastante inusual en jóvenes de esa edad. Iban vestidos con cuero y terciopelo. Reían. El mayor llevaba una fusta, con la que azuzaba a su caballo y a los de los otros muchachos cuando éstos se acercaban.

Los otros dos muchachos no parecían intimidados por la fusta y seguían corriendo para rebasar al mayor.

Cinder salió del camino para dejar que pasaran. Al cruzar frente a ella, uno de los más jóvenes aceleró para rebasar al mayor. Éste levantó la fusta y le propinó un golpe al chico.

El muchachito gritó, se inclinó hacia atrás y soltó la rienda. El caballo piafó y el joven jinete cayó al fango.

El mayor soltó una carcajada. El otro no rio, pero tampoco se apeó de su caballo para auxiliar al que se había caído. Lo que hizo fue azuzar a su cabalgadura para adelantar al mayor, que seguía concentrado en burlarse del caído.

Entonces el mayor trató de golpear con la fusta al segundo jinete cuando éste lo rebasó y ambos siguieron su galope sin siquiera mirar al que estaba tendido en el barro.

—¿Estás bien? —preguntó Cinder—. ¿Necesitas ayuda?

—No necesito tu sucia ayuda. —Siguió ahí tumbado, adolorido y lleno de barro.

—Pues tienes todo el aspecto de alguien que necesita ayuda, y si alguno de los dos está *sucio*, seguro que no soy yo.

El joven quiso girarse para fulminarla con la mirada, pero estaba demasiado ocupado tratando de respirar. Entonces se levantó, intentando recuperar la dignidad.

Cinder se preguntó qué hacer. ¿Debía ayudarlo? Él había dicho que no quería su ayuda, así que se quedó donde estaba.

—Muy bien. Buena suerte —dijo, dio media vuelta y siguió su camino.

—¡Espera! —gritó él. Sonaba alarmado.

Cinder se detuvo y se giró. Estaba de pie bajo los tres cuartos iluminados de la luna. Era casi tan alto como ella, aunque tal vez tenían la misma edad. Lo observó con la cabeza inclinada.

—¿Adónde vas? —preguntó el joven.

—A casa. ¿Y tú adónde vas?

—También a casa.

—Entonces, más vale que te apresures —advirtió Cinder—. Al paso que vas, ya estará bien entrada la noche cuando llegues.

—¿Y por qué corres? ¿Hay hadas salvajes por aquí? —preguntó mirando nervioso alrededor.

—Las hay, pero nunca he visto ninguna, si es eso lo que preguntas.

Él caminó hacia ella.

—Voy en la misma dirección que tú.

—¿Quieres correr conmigo?

Sin decir palabra, dio unos pasos hacia ella intentando no cojear.

—¿No te gusta caminar? —aventuró el joven.

—Sí, pero cuanto más tarde en llegar, más tarde me iré a dormir.

Ella estaba burlándose y ambos lo sabían. El muchacho estaba incómodo, quizás incluso asustado de estar ahí solo en la oscuridad. Era normal. Ni la misma Cinder se sentía a salvo sola, a pesar de que todas las noches corría por ese camino.

—Déjame caminar un poco mientras recobro el aliento y luego correré contigo —dijo él—. ¿A qué distancia está el pueblo?

—No muy lejos. ¿Estarán ahí... tus amigos... esperándote?

—No creo. Son mis hermanos.

—Ah. Yo tengo hermanastras.

—Entonces, entiendes por lo que paso.

—¿Y cómo lo llevas? —preguntó ella—. Me refiero a la rabia. Es muy injusto.

Él hizo un gesto de asentimiento.

—Les gano en su propio juego. Bueno, al menos lo intento. ¿Y tú?

—Podría intentar hacer eso, supongo, si supiera cuáles son las reglas, pero parece que las van inventando sobre la marcha.

—¿Y qué hay de tu padre? —preguntó el joven—. ¿Él establece las reglas?

Cinder escuchó los crujidos de sus pasos mientras avanzaban sobre el camino de tierra.

—Mi padre murió hace tiempo.

Esperaba que él le dijera que lo lamentaba, pero no habló. Las ranas y los grillos llenaban el silencio y el cielo oscuro resplandecía lleno de estrellas.

—O mis hermanos matan a mi padre o él los matará a ellos —rompió el silencio.

Ella se giró para mirarlo. Tenía un perfil noble, con la mandíbula firme y la nariz recta. Cuando el padre de Cinder estaba vivo, le contaba historias de hombres nobles y sus actos nobles, pero en estos días la nobleza parecía protagonizar cada vez más historias de asesinatos y disturbios.

Silver decía que el reino había empezado a corromperse cuando las Guerras Salvajes empeoraron. Nunca decía que se había perdido la guerra, aunque todo el mundo sabía que la última había terminado cuando el Rey Oscuro mató a la Reina de las Hadas y empezó a esclavizar a esas criaturas salvajes. Era como si para Silver la guerra aún continuara.

Cinder se alejó un poco más del muchacho, lista para defenderse si era necesario. Estaba segura de que podría vencerlo porque tenía una talla y un peso muy cercanos a los de ella, a diferencia de los cazadores.

El muchacho percibió la inquietud de Cinder.

—No te preocupes. He tenido suficiente violencia para una noche.

—Entonces, ¿no vas a matarme?

—No soy así, no soy como mis hermanos.

—Ah.

Caminaron en silencio un buen rato. Tendrían que haber corrido para llegar más pronto a casa, pero ella se sentía a gusto con la caminata y, por lo visto, también él.

—¿Por qué estás aquí sola de noche? ¿No tienes miedo?

—preguntó el chico.

—Sí.

—¿Entonces?

—No tengo alternativa.

La respuesta pareció satisfacerlo. Quizás estaba acostumbrado, como ella, a no tener alternativa. Ese pensamiento la hizo compadecerlo.

—¿Te gustan las flores? —quiso saber.

—¿Por qué me preguntas eso? —respondió él con gesto de desagrado—. ¿Parezco una dama engreída que sale a atrapar a un hombre?

—No todas las damas son así —dijo ella frunciendo el ceño.

—Menciona una.

Cinder titubeó. No conocía a otra dama que no fuera su madrastra, que en realidad no era de alta alcurnia, aunque a ella le gustara fingir que sí.

—¿Lo ves?

—Que no pueda mencionar a alguna no significa que todas sean como dices.

—Puedo mencionar a decenas de damas, y todas son así.

—Qué pena por ti.

—¿Por qué? A quien quieren atrapar es a mi hermano mayor, o la atención de mi padre. Por lo general, a mí no me hacen caso.

—¿Por qué?

—No soy lo bastante importante. A las damas les gustan los hombres con poder y fortuna.

—Suena terrible.

—Lo es. Pero no te preocupes, un día encontraré mi poder y mi fortuna, y entonces todas vendrán a mí.

—¿Y para qué querrías eso? Acabas de decir que no te gustan.

—Para rechazarlas, claro está, y hacerles saber cuánto las desprecio.

Ella lo miró de reojo. Él sonrió, parecía orgulloso de su sentido del humor.

Cinder puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—¿Ya estás listo para correr?

Antes de que él contestara, empezó a trotar. Estaba haciéndose tarde y ya no podía seguirse entreteniendo.

El muchacho aceleró y le siguió el paso. De hecho, era todo un atleta. La mayoría de la gente que vestía con ropa elegante, como él, a duras penas caminaba, ya no se diga correr.

Ella lo retó con una sonrisa, y aumentó la velocidad. Él la alcanzó.

Ella corrió un poco más rápido. Él la rebasó.

Ella lo rebasó.

Él la rebasó.

Cuando se dio cuenta, estaban riendo. Cinder corrió cuanto sus pies le permitían y terminó llena de barro.

Poco después, iban corriendo tan rápido que les faltaba el aire para reír. Él era bastante ágil. Saltaban charcos, rodeaban piedras, resbalaban y caían, pero volvían a levantarse sin mayores espavientos y seguían corriendo.

Para cuando llegaron al pueblo, los dos estaban cubiertos de fango y les faltaba el aliento.

Cinder, sonriente, lo observó jadear. Él le sonrió en respuesta; parecía tan encantado como ella.

Había sido divertido correr con él. No recordaba la última vez que había jugado así con alguien. Seguramente, antes de que muriera su padre.

Entonces Cinder hizo una mueca y se limpió el fango que le había manchado una pierna. Él hizo lo mismo, pero lanzó el fango hacia ella.

Cinder soltó un chillido, luego una carcajada, y entró de lleno a la guerra.

## CAPÍTULO 7



La gente se asomó por los postigos de las ventanas y las puertas cerradas de sus entradas. Salvo por las risas socarronas de algún demente, era raro escuchar a gente reír. Esto era la risa aguda de una muchacha y un muchacho que a todas luces estaban divirtiéndose.

Varias personas frunció el ceño, recordando vagamente épocas en las que todos los días había risas. Antes de que el Rey Oscuro ocupara la tierra, mucho antes de las guerras.

Vieron a dos personas que tenían casi el tamaño de un adulto, pero se comportaban como niños. Se arrojaban fango el uno a la otra, y eso les parecía divertido o gracioso. La mayoría de los residentes no recordaba la diferencia entre esas dos cosas, y eso los irritaba.

Después de observarlos unos momentos, volvieron a cerrar puertas y ventanas farfullando sobre lo extrañas que se ponían las cosas cuando la luna crecía. En esos tiempos, como en todos, más valía ocuparse de los propios asuntos.

Pero entre las muchas ventanas se ocultaban algunas personas que secretamente sonreían al oír las carcajadas. Era como en los viejos tiempos, cuando, ya fuera de día o de noche, la

vida se vivía. A diferencia de ahora, cuando la oscuridad traía consigo el fin de todo lo luminoso.

Casi todos los que sonreían en secreto tenían mechones blancos en el cabello y rebelión en los corazones. Recordaban cómo eran las cosas antes de las Guerras Salvajes.

Desearon buena suerte a esos jóvenes y en secreto se prometieron ser lo bastante valientes para ayudarlos si se presentaba la ocasión. Y sabían que así sería. Quienes reían en público siempre estarían expuestos y encontrarían problemas.

—¿Qué está pasando aquí?

El muchacho que caminaba hacia ellos era enorme, más que cuando Cinder lo vio montado sobre su caballo.

—¿Esa risa es tuya, Dante? —El segundo muchacho se acercó a ellos.

El joven con el que Cinder había estado riendo se puso muy serio de pronto, mientras miraba a los muchachos, avergonzado.

—Vamos a casa.

El muchacho cubierto de fango, que por lo visto se llamaba Dante, caminó a grandes zancadas hacia sus hermanos sin volver la vista atrás.

—¿No quieres traer a tu noviecita? —preguntó el mayor.

—Vámonos, Damon —dijo el tercer muchacho al mayor—. Ya es tarde y podrían darse cuenta de que no hemos llegado.

—¿Quién ganó? —preguntó Dante caminando hacia los tres caballos.

—Está bien, vámonos. —Damon se giró para ir en la misma dirección—. Ya me cansé de este hedor a plebeyo.

—¡Ja! —exclamó Dante aplaudiendo—, ganó Gallant. Lo sabía.

—¿Desde cuándo Gallant y tú os aliáis?

—Desde que empezaste a usar la fusta —dijo Gallant montando en su caballo. En ese momento, miró a Cinder. Sus ojos la absorbieron, iluminada por la luna.

Cinder estaba acostumbrada a ser invisible, pero debía reconocer que le dolía que el muchacho con el que apenas hacía unos momentos había estado riendo hiciera como si no existiera ahora que sus hermanos estaban ahí.

Y ese Gallant la hacía sentir demasiado consciente de sí misma. Él la veía. Se daba cuenta por su mirada. Él vio el fango de su vestido, su revoltijo de rizos, sus zapatos para correr hechos de cuero, que seguro costaban más de lo que ella podía permitirse.

No comentó nada y no se mostró especialmente curioso. Sólo la miró, algo que no hicieron ni los otros muchachos ni hacía nadie más que Silver.

Luego giró su caballo para alejarse y los otros dos lo siguieron.

Dante fue el último en marcharse. Se giró para mirarla. Fue una mirada rápida con la que parecía querer disculparse, pero Cinder no pudo evitar percibir que sólo se había dado la vuelta cuando estuvo seguro de que sus hermanos no lo notarían. Eso también la hería, aunque sabía que no tenía por qué. Todo el mundo sabía que los nobles no se hacían amigos de los plebeyos.

Los tres muchachos se fueron galopando adonde fuera que estuvieran sus propiedades, y la noche rápidamente se los tragó.

Por la dirección que tomaron, Cinder no podía saber de qué casa serían. Aunque siempre había vivido en Medianoche, había alrededor del castillo demasiadas casas nobles para conocer el aspecto de cada miembro de la nobleza. A menu-

do ocultaban el rostro detrás de carrozas con cortinas y una docena de guardias. Además, nunca había sido buena para memorizar nombres y rostros de los cientos de nobles y sus familias, a diferencia de su madrastra y sus hermanastras.

La familia de su madrastra se alimentaba del sueño de encontrar buenos maridos para las muchachas, así que parte de su ocupación diaria era estudiar la jerarquía social de los buenos partidos. Cinder, por su parte, no guardaba falsas ilusiones, así que los nobles nunca le habían importado.

Por primera vez deseó saber aunque fuera un poco sobre ellos. Le habría gustado saber a qué familia pertenecían. Pero en realidad, no importaba. Nunca volvería a verlos, por supuesto que no.

De cualquier forma, su mente curiosa estuvo dando vueltas. Recorrió el resto del camino a casa pensando en ellos. Si Dante fuera un plebeyo, como ella, ¿serían amigos? ¿Qué había percibido Gallant cuando la vio? ¿A una campesina cubierta de barro que se atrevía a reírse con su hermano?

Todo el asunto era absurdo. Los nobles ricos y su prole siempre estaban armando alborotos en el pueblo y haciendo lo que querían a quien querían. Era afortunada de no estar huyendo de una cacería espontánea esa noche.

Muchachos como ellos no le debían nada a nadie más que a sus padres y a su rey. Y todo el mundo sabía que el rey creía que el miedo era una emoción que deseaba infundir en sus súbditos.

Esa noche, se arrastró a la cama completamente exhausta, sin poder hacer más que quitarse con desánimo todo el fango que le fue posible. Lo último en que pensó antes de quedarse dormida fue lo que había sentido al correr con Dante y reír a carcajadas con él buena parte de la noche.